

EL ESPIRITU PUBLICO.

SE PUBLICA, POR AHORA, TODOS LOS JUEVES.

Año I.

PUNTOS DE SUSCRICION. En las oficinas del periódico, calle del Aro de Santa María, núm. 3, y en las librerías de Bailly-Baillière, Plaza del Príncipe Alfonso, núm. 13.—Cuesta, calle de Carretas, 9.—Lopez, calle del Carmen, 29.—Durán, calle de Carretas.

Jués 22 de Octubre de 1863.

PRECIOS DE SUSCRICION. MADRID, 4 rs. al mes.—PROVINCIAS, 15 rs. trimestre.—EXTRANJERO Y ANTILLAS, 30.—FILIPINAS Y AMERICA DEL SUR, 40.
Se reciben comunicados y anuncios á precios convencionales.

Núm. 4.º

BOLETIN DE LA SEMANA.

El general Prim había dado un paseo por el principado de Cataluña, y al chispear del vino en los banquetes, se dieron brindis, y entre el júbilo y el vapor del entusiasmo, se habló de la patria, de su grandeza, de su gloria futura, como si esa gloria y grandeza pudieran alcanzarse entrando en Jauja por la puerta, coronada de pámpanos, de los festines. Después de mucho hablar de libertad y de progreso, sin que de esto les quede un mendrugo de pan á los pueblos, como diría Posada Herrera, Prim vino á Madrid y la breva de la abstención se cayó de la rama, no de puro madura, sino en ciernes, á impulsos de la circular del 20 de Agosto, que fué el ventarrón que estremeció el árbol y la echó á tierra. Lo fenomenal es que progresistas y demócratas se abstuvieron, que del consabido paseo, de los consabidos brindis, de los consabidos aplausos, no quedaron, como siempre que se hacen excursiones estériles, gastos á los pueblos, hojas secas, arcos de triunfo destrozados, botellas vacías, vasos rotos, discordias en las localidades y el humo y ceniza de los cigarros, sino que quedó la alianza, aparente sin duda, de progresistas y demócratas. Quiere decir, que un partido que crece diariamente, pero que crece no de cualquier modo, sino revolucionando por medio de las ideas, ese partido se unia á otro carcomido, gastado y le trasmite su fibra. Cuentan en la vida de Savonarola, que decayendo las fuerzas vitales de cierto Pontífice, propuso un médico, judío, por cierto, la trasfusión de la sangre.

«Entonces, dicen, se cambió la del decrepito y débil Soberano por la de un joven. Por tres veces se dió principio á la operación y otras tantas costó el experimento la vida de un mozo, probablemente por la entrada de aire en las venas; pero ningún efecto se obtuvo: el Papa no pudo salvarse, y sucumbió.»

Pues lo propio ha de resultar al progresismo como partido, como entidad política: ha de morir, y no es el general Prim quien puede dar vida á este Lázaro. ¿Qué sucedió de la alianza con los demócratas? Vamos á verlo. Esto es pura historia.

D. Salustiano Olózaga, muy superior á Prim y á otros muchísimos hombres que se tienen por de Estado, fué también á Cataluña, también le dieron saraos, también le dieron serenatas.

Dice una carta privada de Tarragona, fecha 10 de Octubre, que ante un concurso de centenares de personas, pronunció Olózaga un discurso notabilísimo, en el cual expresó las razones que él había tenido para no ser diputado entonces, viendo que eran unos fanfarrones los que gobernaban parapeñándose con el sistema representativo; que no quería ser indigno comparsa de esa gente y pensaba que tampoco debía serlo el partido progresista. Hizo la historia del moderado, le presentó dividido en varios grupos, sin que ninguno tuviera condiciones de mando; expresó que los moderados se someten á una teocracia inquisitorial é intransigente, quemando libros, para venir á pa-

rar, si pudieran, en quemar personas; teocracia que vilipendia á la nación ante Europa que nos mira con desprecio, porque Europa nos tiene en el concepto de país intolerante y semi-salvaje en donde nada significa la historia, porque aún hoy respiramos en la atmósfera de los tiempos de Felipe II. Dijo: que el partido progresista debía protestar solemnemente con su silencio y apartamiento del cuadro de miserias, pequeñeces y desaciertos que ofrecía el moderado, cuyos hombres á todo se prestaban y á todo sucumbían ante el efímero goce de escalar el poder y llevar á él sus hechuras y comensales. Habló del indigno monopolio que ejercían estas fracciones y parcialidades, y añadió textualmente:

«Desdichado país y desdichados monarcas cuando está vinculado el poder en una parcialidad! El día que esta parcialidad caiga por su desdén, ARRASTRARÁ TRAS SÍ AL TRONO QUE LA HA SOSTENIDO!»

Significó la necesidad de la monarquía en España; que él era amante de la institución, y que deseaba apartar cualquier suceso que perturbara la nación, su crédito, y sus condiciones de auge y engrandecimiento. Dijo también, intencionadamente, que, dejando aparte «su situación personal y recuerdos de que NADIE SINO ÉL ERA ÚNICO JUEZ,» estaba dispuesto «á no omitir sacrificio, á llegar hasta la humillación, si podía evitar con su palabra, con su consejo, con su persona, SOLUCIONES VIOLENTAS, soluciones que importaba conjurar.»

Habló de las grandes virtudes conciliadoras que entrañaba la Constitución de 1837 por haber sido hecha con el concurso de todos los partidos, para que alternasen en el mando moderados y progresistas, significando, con toda claridad, que dicho código es el único que puede salvar al trono y al país de graves conflictos.

El Sr. Olózaga ha puesto á los moderados como chupa de dómine. Ha dicho, clara y terminantemente, contando con el asentimiento y el aplauso de centenares de personas, ¡y en Cataluña! que ¡desdichados monarcas y desdichado país el día en que la parcialidad que manda caiga por desdén! ¿Por qué? PORQUE ARRASTRARÁ TRAS SÍ AL TRONO QUE LA HA SOSTENIDO. Ha dicho que hace olvido de recuerdos de que nadie sino él es único juez. Quiere decir, más claro, desembozados la incógnita. «Se cree que yo soy enemigo de la dinastía por esto y por lo de más allá; pero como este asunto es mio, como de las ofensas de que yo pudiera vengarme soy el solo juez, en aptitud estoy de hacer caso omiso de ellas y por contribuir á salvar lo que otros quieren demoler, estoy dispuesto á no omitir sacrificio, á llegar «hasta la humillación, si puedo evitar soluciones violentas!» ¿Y cuáles son? dirán los lectores. Olózaga lo ha dicho; releed más arriba. Recordemos, si es posible desempeñar el papel de Leonor con más delicadeza, con más entonación, con más método, con más facultades vocales que las de esta cantante. Brotaban raudales de armonía del órgano de su garganta, y su acento, su expresión, y aquellas cláusulas, moduladas de una manera especial, eran un rasgo de la poesía del sentimiento. La concurrencia, lo repetimos, se entusiasma; circuló por el teatro esa especie de electricidad espiritual que no se explica, y la dama fué llamada al palco escénico en medio de los bravos más fervorosos, y de salvos espontáneos aplausos. Modesta la señorita Marchisio, como toda actriz que tiene verdadero mérito, no quiso salir á las tablas sino con el barítono, porque cantó el dúo con ella; pero como había tal prevención contra dicho actor; como el canto de la Marchisio hacia resaltar más los defectos del otro, una parte del público prorumpió en gritos desafortunados, y de la sala, de las altas localidades, de todas partes, en fin, salieron voces de ¡solá! ¡solá! para rechazar al barítono. La confusión fué espantosa, el alboroto indescriptible, vergonzoso; parecía que se desplomaba el edificio. La orquesta suspendió de tocar el acompañamiento; ni músicos ni cantantes sabían qué hacer, y la tempestad crecía, crecía con vergüenza de las gentes dignas que no van al primero de los teatros de la corte á presenciar esas inauditas manifestaciones.

que como medio de engrandecimiento político, de popularizarse, de conquistar simpatías, de fundar cimientos para levantar el palacio de sus vanidades, persuadiera un hombre de sus dotes á la juventud ardiente que va delante de él, nunca hemos creído, repetimos, ni que el general Prim sienta esto, ni que la juventud se persuada de que esta es la espada que necesita. Mas con todo, si la democracia, ó alguno de los sonadores que militan en sus filas, creyeron lo contrario de lo que decimos, Olózaga, que tiene en el progresismo la autoridad y significación que otros no tienen, desbarata esos planes como vamos á verlo.

Dice la carta de Tarragona de que antes hemos hablado:

«Duro, durísimo estuvo con la democracia, é hizo un llamamiento á la clase obrera para que no diese oídos á utopías y sueños irrealizables. Salió un joven con desenfado en defensa de la democracia; mas la réplica que mereció del dicho orador progresista, fué un nuevo y más notable discurso en defensa de la monarquía constitucional.»

De lo dicho se infiere, que el partido progresista, ni aun con la abstención ha podido reorganizarse; que sus prohombres piensan todos de diversa manera; que ciertos políticos, cuando quieren amedrentar al trono, se olvidan que han medrado á su sombra, y entonces amedrentan al monarca hablándole de las iras del pueblo, y luego, cuando quieren amedrentar al pueblo, le hablan de las iras del monarca; evocan la sombra de Felipe II, y tal parece que se desprende de las nubes un ejército de frailes que viene con los familiares de la Inquisición á encender un quemadero en cada plaza. Esta farsa sucia, indigna de hombres honrados, tiene al país constantemente en la ansiedad de que no sale años hace; las contribuciones se multiplican, los pueblos están agobiados, Europa nos mira y nos desprecia, y vemos que la tempestad avanza, que las revoluciones lo trastornan todo y que las que son verdaderamente temibles no son las que se hacen de abajo arriba, sino las que desde arriba derraman en el pueblo la semilla de la doctrina que ha de dar frutos de perdición y de muerte. Téngase presente que desde Fernando VII acá, sólo se habla al pueblo español de las virtudes de los pueblos extranjeros, y sembrando día á día la simiente que todos vemos, regándola con sangre derramada en una y otra rebelión, al cabo las costumbres son ya muy diversas; cambiadas estas, con facilidad se cambian las antiguas instituciones, porque quien siembra viento, preciso es que coseche tempestades.

El correo de América nos trae noticias de Santo Domingo. El alzamiento indígena continúa tomando cada vez más un carácter que se relaciona con las tendencias de los que, no habiendo tenido cubierto en el festín de la anexión, piden fajas, mitras, bandas y cruces. Pero como no están en los tiempos de cuando Dios quería, el dueño actual de aquella tierra respondió á los argumentos de los insurrectos con el cañon y la espada, que son la última razón de los gobiernos que necesitan sostenerse y hacerse respetar. Hé ahí las consecuencias de no haber examinado mejor el estado de aquella desenfundada república cuando al-

gunos de sus hijos pródigos vinieron, con las lágrimas en los ojos, á persuadir á España que debía extender su mano sobre tanta miseria, sobre tan asquerosa podredumbre.

El suceso más importante en el orden político, ya para el país, ya para este mismo relativamente al extranjero, es la recepción en esta corte de S. M. la augusta Emperatriz de los franceses. El domingo 18, pocos momentos antes de dar las once de la noche, llegó á la estación del ferro-carril del Mediterráneo, en Atocha. En un salon adornado como para recibir á tan ilustre viajera, la esperaban el Rey, por comisión, los jefes de Palacio, las autoridades de Madrid, y varios periodistas y otras personas distinguidas. Aunque S. M. Imperial no ha dejado el incógnito, sino dentro de Palacio, los alabarderos dieron la guardia en la estación, porque estaba presente el Rey, que fué con batidores y una compañía de infantería, que se formó á la entrada del edificio. El Rey se llegó á la puerta del wagon Real y allí recibió á la noble esposa de Napoleon III. Esta señora descansa algunos momentos y entró con S. M. en el coche Real. Llegados á Palacio, la Reina se colocó en la parte superior de la escalera, rodeada de sus damas y alta servidumbre. Al subir la Emperatriz el primer tramo, la Reina descendió al segundo: se encontraron en la meseta. S. M. Imperial saludó á S. M. Católica haciéndole una elegantísima cortesía. Después ascendieron juntas á la Real cámara. La noble descendiente de Guzman el Bueno, disfruta en el Palacio de los Borbones del aposentamiento en que un hijo de Luis Felipe se alberga cuando viene á esta corte con su familia.

Mucho se dice, mucho se comenta, como sucede siempre que un monarca visita á otro, máxime siendo ese monarca la esposa del que está en el primer trono de Europa, y máxime cuando á todo lo dicho se agrega la rara particularidad de ser una española que merece tanto las simpatías y el cariño de S. M. la Reina. S. M. la Emperatriz venia sencilla pero elegantemente vestida, sin más adornos que su graciosa juventud, su esbelta figura y las simpatías personales que conquista.

No ocurre más nada en las regiones de la política digno de narrarse. Madrid está tranquilo: dormid en paz.

EL MINISTERIO Y LA SITUACION.

Dijimos en el artículo de entrada de nuestro número anterior, que el señor marques de Miraflores, al encargarse en los críticos y azarosos días de Marzo de las riendas del poder, había obrado como bueno, prestando un inmenso servicio al trono y al país, y salvando, con un patriotismo que le honra, el peligro en que se hallaban las instituciones. Esta leal confesión de nuestra parte, nos ha valido por algunos el dictado de ministeriales, y hoy vamos á desvanecer ese error.

Para los que sólo miran por el estrecho y mezquino prisma de la pasión política los acontecimientos que de algunos años á esta parte se van sucediendo en nuestra desgraciada patria; para los que no comprendiendo la abnegación generosa del escritor que, estimándose en lo

que debe, no sacrifica á una oposición sistemática los fueros sagrados de la verdad y la justicia; para esos no tenemos explicación satisfactoria que darles. No la comprenderían. Pero para el hombre honrado y leal, para el hombre que no necesita del presupuesto del Estado, que ajeno á todo espíritu de partido, —y libre por consiguiente de esa influencia deletérea que los ciega y los envuelve,—sólo ve por los ojos de la razón y la justicia, y juzga con imparcialidad los hechos tales como van pasando; para ese, repetimos, es un deber en nosotros el explicar y definir clara y precisamente nuestra posición en la prensa.

Al estampar en nuestro número anterior que el marques de Miraflores había prestado un gran servicio al país y á las instituciones, no hicimos más que repetir lo que estaba en la conciencia de todo el mundo, lo que amigos y adversarios no pudieron menos de reconocer, si bien, una vez pasado el peligro, no les impidió volver á ocupar sus posiciones y trincheras, valiéndose de términos estratégicos, y empezar á hostilizar al enemigo, como lo habían hecho anteriormente; pero esta declaración de nuestra parte, no probaba que éramos ciegamente adictos al ministerio; probaba, por el contrario, nuestra imparcialidad y buena fe; probaba que, para nosotros, antes que nada está nuestra conciencia, está nuestra probidad política, está el sentimiento de rectitud y de justicia con que miramos y analizamos las cosas y los hombres, guiados únicamente por el móvil generoso de nuestra lealtad como hombres públicos, de nuestra lealtad como escritores, y de la sinceridad con que nos presentamos en la ardiente arena de las luchas políticas.

Es cierto que el ministerio Miraflores prestó un gran servicio al país y se captó las simpatías de todos los hombres honrados, aceptando, con un desinterés y una abnegación dignas de todo elogio, la espinosa misión de hacerse cargo del poder en aquellas críticas circunstancias; pero también no es ménos cierto que ese ministerio entró desde luego con el carácter de transitorio, porque no podía ser de otra suerte, y asimismo lo comprendió el Gabinete no haciendo variación alguno en la máquina gubernamental del Estado, respetando las posiciones y los hombres de la administración anterior, y consagrándose única y exclusivamente á legalizar la situación harto crítica en que aquel se hallaba, pidiendo y obteniendo de las Cortes la autorización para cobrar los presupuestos que con grave peligro del país permanecían aún sin recibir la sanción del Parlamento.

Una vez dado este paso, una vez conseguido este objeto, el ministerio debió retirarse y dar sitio á otros hombres de más significación política que sirviesen de garantía y de lazo de unión á los partidos medios, y que hubieran tenido á raya á otros bandos; pero el ministerio Miraflores, una vez salvado el peligro, quiso echarla de hombre, permitáenos la vulgaridad de la frase, cuando todavía estaba en su infancia; quiso echarla de fuerte, cuando sólo se sostenía por un fenómeno moral; quiso echarla de grande, cuando su escasa significación política estaba sirviendo de tréguá á

En la misma noche, el célebre Leotard, hizo en el trapecio todos sus prodigios y equilibrios de costumbre. La compañía ecuestre se despedía del público, y se esforzó en corresponder á la constante protección que mercedamente ha dispensado al circo del Príncipe Alfonso. Elisa Massotta trabajó muy bien, y en sus equilibrios se portó como los políticos de balancin en la gubernación del Estado. Quiere decir, hizo muchas suertes y desplegó muchas habilidades. Más de cincuenta ramos de flores cayeron desde lo alto, unos estrellándose en las cabezas de damas y caballeros, otros, desparamándose en lluvia de dátiles y plantas olorosas que cubrieron el suelo. Esto produjo una risa y gritería grandes, y la artista fué llamada á recibir hasta el sexto triunfo.

Luisa Loisset es una joven simpática, viste con suma elegancia, y hace en el caballo cuanto puede hacerse en el arte de la equitación funámbula. Forma la delicia del público, y bien lo demuestra el que el lunes la llamaron siete ó ocho veces, produciendo tal estrépito que hubo momentos de verdadera confusión; tantos eran los bravos y los aplausos con que se obligó á la artista ecuestre á admitir dos ramos de flores exquistas con lazos muy ricos de cintas azules y rosadas.

Los campanólogos dejan favorablemente impresionado á Madrid que les ha prodigado merecidos elogios. En Variaciones se estrenó la actriz doña Felipa Diaz, en la comedia *El hombre de mundo*. Esta dama tiene buena figura, aire artístico y elegancia natural; dice bien, pero no tiene intención para expresar los pensamientos. En el Circo de la Plaza del Rey, ha ejecutado Teodora la *Adriana* y ha sido muy aplaudida y llamada á la escena terminado el monólogo del cuarto acto. Nosotros no participamos del mismo entusiasmo, quizás porque hacemos comparaciones habiendo visto este drama hechoconsumo talento.

En el *Príncipe* sigue representándose la comedia del Sr. Serra titulada *El amor y la Gaceta*. Está escrita

FOLLETIN.

CRÓNICA DE ESPECTACULOS.

Teatro Real.—*El Trovador.*—Escándalo.—Desaprobación, por parte del público, del tenor y barítono.—*Carlota Marchisio.*—Aplausos merecidos. ¿Quién es el público?—Nadie, cuando falta á su deber.—*Semiramis.*—Asistencia de S. M. la Emperatriz.—*Mancueta.*—Equilibrios de Leotard.—*Elisa Massotta.*—Lluvia de dátiles.—*Luisa Loisset.*—*Campañólogos.*—Teatro de Variaciones.—*La actriz señora Diaz.*—*Circo.*—*Adriana.*—*Príncipe.*—*El amor y la Gaceta.*—*La señorita Tenorio.*—*Observaciones.*—Lo que debe ser una actriz.—Globo aerostático.—*El Gigante.*—*Disertación sobre la dirección de los globos.*—*Mad.*—*Poitevin.*

Sentimos empezar esta revista ocupándonos del singular escándalo habido en el teatro Real en la última semana, representándose *El Trovador*. Narradores de la verdad, no podemos ocultarla, ni dejar de que recaiga la censura de un hecho indigno de la respetabilidad del concurso que frecuenta el primer coliseo de España, por más que seamos partidarios de la ópera; pero ya había dicho, mucho tiempo hace, un escritor ilustre, que el que no sabe reprender á los amigos y aplaudir á los enemigos, ese, careciendo de imparcialidad y de justicia, ese no debe escribir para el público. Perdónenos nuestras bellas amigas que digamos, contra el escándalo de que hacemos referencia, lo que diríamos si acontecido hubiera en cualquiera otro de los teatros donde se grita, se pateo como si se estuviera en una plaza de toros. Hay que tener paciencia y oír las verdades, por amargas que sean, puesto que no pueden cortarse las rosas sin ensangantarse las manos.

los partidos militantes. El ministerio, que no inauguró ciertamente una de esas eras que forman época en la vida de las naciones, y que sólo entró en el poder bajo los auspicios del Gabinete a quien reemplazaba, viviendo de la vida de otro, no dictó durante los primeros días de su advenimiento ninguna de esas medidas que caracterizan al jefe de un partido, ninguna de esas disposiciones trascendentales que marcan una línea de conducta invariable y fija por la que ha de regirse en lo de adelante; no, el Gabinete de Marzo contentóse con dar disposiciones inofensivas organizando la etiqueta del Palacio: inofensas dichas inofensivas, y diríamos que hasta inocentes.

Pero la época de las elecciones se acercaba, y el Gabinete, que se creía fuerte y poderoso, formó tenaz empeño en hacer esas elecciones; empezó por expedir circulares que contrastaban con el espíritu de conciliación y de benevolencia que había mostrado en los primeros días de su entrada en el poder y en el seno de la representación nacional. El país se vio invadido repentinamente de un aluvión de órdenes y contraórdenes que llevaban la perturbación a la máquina administrativa, y la inseguridad y el desaliento a los encargados de hacerla funcionar.

El ministerio, que se creía un gigante, desafió las iras de uno de los partidos políticos, y se divorció de él. La circular del 20 de Agosto fué la señal de ataque; y los desunidos progresistas, alzándose contra él como un sólo hombre, y olvidando por un momento sus rencillas interiores y sus discordias de familia, cáncer que, dicho sea de paso, viene haciendo tiempo devorando a ese partido, opusieron una resistencia pasiva, fuerte como la roca de granito, á las prescripciones de la autoridad legítimamente constituida. Los demócratas, prontos siempre á combatir toda idea que pueda atentar á su soñada libertad americana, siguieron las huellas de los puros y formaron una especie de alianza momentánea contra el que ellos tenían por enemigo común. Los liberales conservadores reunieron á su vez las dispersadas huestes, y se prepararon al ataque, con tanto más motivo, cuanto que se veían burlados en sus esperanzas, y empezaban á conocer la doble política del ministerio Concha-Vaamonde. Este, entretanto, solo con la fracción de los disidentes, desafiaba las iras de todos, y continuaba expidiendo circulares que cada vez le daban más triste celebridad.

Durante dos semanas, ántes de la época marcada para las elecciones de los nuevos padres de la patria, toda la febril actividad, toda la velocidad instantánea de los ferrocarriles bastaba apenas para los traslados, deposiciones y nuevos nombramientos de gobernadores, idas y venidas al ministerio de la Gobernación, órdenes y contraórdenes expedidas para la aceptación de candidatos agradables que un día obtenían el *exequatur* del Gobierno, y al siguiente se veían desdénados, sin causa, al menos aparente, que justificase esta veleidad.

Hicieron las elecciones, y ¡de qué modo se han hecho! Cuando se abren las puertas de la representación nacional, cuando se llegue á la discusión de las actas, conocerá el país las armas de que se ha echado mano en algunos distritos para sacar triunfante al candidato ministerial. Tenemos cartas en nuestro poder, suscritas por personas de elevada posición y de toda nuestra confianza, en que se refieren tales pormenores, se dan detalles tales que nos resistiríamos á creerlos si no vinieran consignados en las protestas que acompañan al acta del presunto diputado. Distrito ha habido donde el presidente de la mesa, que protegía al can-

didato *agradable*, al ver acercarse á un venerable sacerdote, cura párroco del pueblo hace veinte y seis años y vicario interino, le dijo que no le conocía porque en la cédula de vecindad faltaba una coma entre el último apellido y la palabra *presbítero*, que indicaba el estado ó cualidad del elector; y todo porque votaba al candidato contrario. Ha habido secciones donde el hermano ha negado á su hermano, donde el padre no ha conocido á su hijo, donde en vez de la transparente urna de cristal para depositar las papeletas, se ha colocado un baul que encerrase en su seno, sin poder revelar al público, los votos que en él se iban emitiendo, y á pesar de las energías protestas de los electores contra tamaña infracción de la ley, el alcalde de montera permanecía inflexible, y acudía por último á la fuerza armada para los que no querían someterse.

Todos estos hechos, y otros muchos que no referimos, pero que dan una idea muy triste del actual sistema representativo, y de la demoralización política que va invadiendo hasta los pueblos más pequeños y las aldeas más miserables; todos estos hechos, volvemos á decir, están consignados en duras y severas protestas levantadas inmediatamente ante escribano público y en presencia de testigos.

Las actas vendrán al Congreso, y el país conocerá los medios que se han puesto en juego, las amenazas, violencias, coacciones y arbitrariedades de que se ha hecho uso en varios colegios electorales á fin de despojar al elector del derecho que la ley le concede, y erigiéndose en despóticas microscópicas y ridículas, presidentes de mesa que apenas sabían leer, y que, hinchados con la vanidad del pavo, al verse en tan sagrado recinto, daban tormento á la ley interpretándola á su antojo y falseando la voluntad de los electores!

Así se han hecho las elecciones de 1865, que dejan muy atrás seguramente á todas las anteriores.

Pues bien, á pesar de todo esto, á pesar de todas las estrategias desplegadas, el Gabinete al abrir el próximo día 4 de Noviembre las puertas de la representación nacional, se encontrará con una oposición respetable, que le hará vacilar y que concluirá por hacerle desaparecer de la escena.

Si, el ministerio se ha creado la situación violenta en que se halla, porque en su propio seno tiene el cáncer. Le corroe un dualismo solapado, y tendrá pronto que modificarse, ya arrojando la careta que le mine, ya dejando la gestión de los negocios. Su muerte es lógica, inflexiblemente lógica, como una ecuación matemática.

¿Qué hombres vendrán á reemplazar á los hombres actuales? Cuestión es esta que dá lugar á muchas dudas, á muchos sobresaltos, y á no pocos temores.

El partido moderado puro, que siempre ha reconocido por jefe al general Narvaez, ese partido no existe: se ha dividido en bandos, y estos á su vez se han subdividido en familias, tribus, géneros y especies, como otras tantas clases del reino vegetal: su reinado, pues, no es de este mundo, y al mismo Linneo le sería difícil clasificarlo: tal es la profunda división que ha entrado en sus filas, y las innumerables parcialidades en que se ha fraccionado. Por otra parte, si el general Narvaez entrase en el poder, como sucederá, la imperiosa ley de la necesidad le obligaría á reformar su sistema de gobierno; el general Narvaez tiene demasiado buen juicio para comprender que la época del terror, ha pasado para no volver más, y que hoy sería en él un anacronismo imperdonable resucitar la política de represión, porque las circunstancias no son las

mismas. Los años no pasan en balde, y el país, aleccionado por la experiencia, no se dejaría imponer tranquilamente un sistema de gobierno en contra de los principios de tolerancia que han formado ya las costumbres del pueblo español.

Respecto á la vuelta al poder del general O'Donnell, diremos: que las graves complicaciones que hoy nos rodean tanto en el interior como en el exterior, el estado de confusión á que hemos llegado con la falta de plan fijo y las vacilaciones delgadas, son otras tantas complicaciones peligrosas, para que con un gobierno, por enérgico y decidido que sea, pueda atacarla de frente y cortarlas de raíz, sin exponerse á ser víctima de su propia abnegación y generosidad.

Hacemos caso omiso de los progresistas, porque para que este partido tornase pacíficamente en el poder, sería preciso que introdujese no pocas alteraciones en su credo político, que por ahora parecemos no está muy dispuesto á modificar; y si bien los últimos discursos pronunciados en Barcelona por el jefe de los puros en sentido dinástico y monárquico dejan entrever que ese partido piensa al fin en su rehabilitación política, y que se prepara en su seno una revolución saludable á sus planes, creemos que se pasará aún mucho tiempo ántes que hayan podido ponerse de acuerdo sus principales jefes y sus secuaces y partidarios.

Resumiendo: el porvenir se presenta oscuro, la situación es harto grave, y el ministerio, por mucha que sea su fuerza de voluntad, no podrá conjurar la tormenta que á pasos agigantados se va agrupando en torno suyo. Tal es el ministerio, tal es la situación.

Siguen haciéndose, como es natural y preciso, los más raros comentarios sobre el viaje á esta corte de la augusta esposa del Emperador Napoleón III. Insistimos en creer que la Emperatriz no puede ser en España nuncio de malas nuevas, y que conviene á nuestros más altos intereses en la grave crisis que Europa atraviesa; conviene, repetimos, que España esté prevenida para todo evento, por más que su situación geográfica la tenga separada de la influencia con que pesar debe una nación poderosa en la balanza de la política del mundo.

No hay que hacerse ilusiones. Nuestra prensa periódica, cuando pasa de los Pirineos, no influye absolutamente nada en las cortes extranjeras; con España no se cuenta para las grandes combinaciones políticas, y es imprudencia digna de toda reprobación hablar por sólo hablar, amontonar nubes preñadas de odio en los anchos horizontes del país, acobardar á los especuladores extranjeros que retiran sus capitales ante la perspectiva de rotundos desastres, y sembrar, en fin, en los corazones la simiente que germina llena de la ponzoña que puede dar muy funestos frutos.

Para la primavera próxima se preparan tremendos sucesos en Europa. Están por resolverse las cuestiones italianas, entre las cuales se levanta como capital la existencia del Papado, considerado como poder temporal. Pende de solución la cuestión polaca; la de Grecia, que aún no está resuelta, y otra abocada á calamidades y también á una conflagración europea, como es la de Dinamarca en sus tremendas disidencias con Alemania. Esto en el viejo continente. Si lanzamos la mirada al nuevo, nos encontramos con la sangrienta lucha de los Estados anglo-sajones, lucha que el imperio del comercio, que tiene hoy en el mundo el cetro de todas las conveniencias, ha de resolver en sentido favorable á la separación de aquellos Estados que hay necesidad de reconocer como beligerantes, por de pronto;

y mañana como dos Potencias que serán tanto más fuertes, y que consolidarán tanto más sus intereses, cuanto que ahora han probado al mundo, no sólo su poderío material, sino su influencia en el comercio, en la fabricación, en su progreso industrial, y en todo, pues. Porque, no sólo tienen las arcas del algodón para vestir á pueblos desnudos, sino que también al terminarse la guerra, porque se terminará muy pronto, quedarán con dos ejércitos de más de un millón de combatientes ámbas; cuyos ejércitos, aun reducidos á mínima expresión, se derramarán por las desoladas repúblicas de origen español. Entrarán á saco por sus tierras, se posesionarán de los codiciados istmos de Tehuantepec y Panamá, y teniendo las llaves de aquellos mares impondrán condiciones á Europa: sobrevendrá una gran crisis monetaria, y millones de familias que tienen sus capitales en eso que se llama *Casas de crédito*, se encontrarán en la calle. Hé aquí la revolución política convertida en una revolución social, con millares de operarios de los centros manufactureros que pedirán trabajo y pan y no habrá ni pan ni trabajo que darles. Esta es ligerísima pincelada de lo que puede suceder. En esta virtud, España tiene que volver sobre sí, atender á sus necesidades interiores, tener paz, para sofocar las rebeliones que pueden surgir en nuestras posesiones ultramarinas, y no mendigar al extranjero un apoyo y protección que no podría darnos sino al costoso precio de la honra nacional.

Queriendo ser parcos en dar noticias que, aunque parezcan relación de hechos, pueden envolver apreciaciones indiscretas respecto al viaje de S. M. Imperial, tomamos de la *Gaceta* la relación que sigue:

COMAYORDOMIA MAYOR DE S. M.

Anoche á los once llegó al real Palacio S. M. la Emperatriz de los franceses, en unión de la Princesa Ana Murat, sus damas y alta servidumbre.

S. M. el Rey, acompañado de SS. AA. RR. los infantes D. Francisco y D. Sebastian, y de sus generales ayudantes, salió á recibir con la oportunidad debida á la augusta viajera, dirigiéndose á la estación del Mediterráneo en coches y con la servidumbre de gran gala: desde allí vinieron SS. MM. y AA. á Palacio, en el cual esperaban para recibir á S. M. Imperial los ministros de la Corona, jefes de Palacio, damas, gentiles hombres de cámara, grandes de España, generales, directores é inspectores de las armas, mayordomos de semana, gentiles hombres del interior y de casa y boca, etc., etc.

Al aproximarse SS. MM. á la plaza de la Armería, y hasta entrar por la puerta del real Palacio, se les hizo por la guardia exterior los honores de ordenanza, y al bajar del carruaje S. M. Imperial, rompió la marcha real la música de Alabarderos, cuyos individuos se hallaban formados en toda la extensión de la escalera, vistiendo al uniforme de gala. S. M. la Reina, acompañada de los ministros de la Corona y altos funcionarios ya expresados, bajó hasta la primera meseta de la escalera, donde recibió á S. M. Imperial, saludándola afectuosamente.

Después se dirigieron SS. MM. y AA. por la sala de Alabarderos y salón de Columnas á las habitaciones destinadas á S. M. Imperial, dando el Rey el brazo á la Emperatriz, seguido de S. M. la Reina y de la princesa Ana de Murat.

Llegado que hubieron al indicado punto, pasaron las reales personas á la estancia de S. M. Imperial, y quedando instalada en su aposento esta augusta señora, se retiraron SS. MM. á su real cámara.

El martes en la tarde la Emperatriz salió de Palacio para ir á la embajada de Francia y recibir allí las felicitaciones del cuerpo diplomático extranjero.

La comitiva se componía de cuatro coches. En los dos primeros iban los individuos que vienen acompañando á la Emperatriz; el tercero, tirado por ocho caballos con penachos blancos y azules, era de respeto, y en el cuarto y último iban la Emperatriz y la princesa Murat. Delante del coche de la Emperatriz marchaban cuatro batidores y un correo de la real casa: al lado un caballero, y detras un

destacamento de coraceros. En este orden llegó al palacio de la embajada, donde ya aguardaban á S. M. I. todos los individuos del cuerpo diplomático residentes en Madrid.

S. M. I. permaneció en la embajada de cinco á seis de la tarde, y volvió á Palacio en el mismo orden que salió, acompañada de su embajador.

La comitiva de S. M. Imperial se compone de la Princesa Ana de Murat, del almirante Dupuy, de sus damas las condesas de Montebello, de Lourmes y de Bescures; de su chambelán mayor marqués de Lagranje; del baron de Boraygues, jefe de su cuarto; del coronel Favé, ayudante de órdenes del Emperador; del marqués de Caen, caballero de la Emperatriz, del teniente de navío Duperré y de cuatro camareras.

La *Regeneracion* ha publicado un suelto que es tan oportuno como elocuente. Aquí está:

«La ley vigente de imprenta, título III, artículo 30, párrafo 1.º, dice lo siguiente: «Comete delito de imprenta el que calumnia, injuria ó ridiculiza á los monarcas ó jefes supremos ó á los poderes constituidos de cualquiera nación que no esté en guerra con España.»

Luego cuando no se calumnia, ni se injuria, ni se ridiculiza, no se comete delito de imprenta.

Luego no hay derecho para impedir que un español combata la alianza ofensiva que desea el Emperador de China, v. gr., por juzgarla contraria á los intereses de España.»

La *Regeneracion* es un periódico dirigido por un «sacerdote», lo cual quiere decir ministro de paz, de caridad y concordia.

La señora condesa del Montijo, madre de la Emperatriz, no ha asistido á la ceremonia de recepción de su augusta hija, porque estaba indispuesta.

Cada correo que viene de América nos trae noticias de los desmanes, de las barbaridades, digámoslo así, que en aquellas repúblicas se cometen contra nuestros compatriotas por los mismos que tienen nuestra sangre. Para que no se crea que abultamos los hechos, véase lo que dice un periódico ministerial:

«El presidente de Guatemala, auxiliado por los nicaragüenses, ha invadido á Honduras y apoderados de Comayagua y de Tegucigalpa, en cuyas ciudades, cometió las mayores atrocidades, expulsando de ellas á los cónsules de Inglaterra y de España. El cónsul inglés de Trujillo había pedido auxilio á su Gobierno, y es probable que el español lo reclamase también del capitán general de Cuba, tanto más, cuanto que hasta un vapor de guerra para hacer entrar en razón á cada una de aquellas inquietas é indómitas repúblicas hispano-americanas.»

Lo hemos dicho, y es preciso repetirlo para que se ponga remedio al mal. Un día es en Méjico donde se asesina á los españoles, otro día en el Perú, otro día en esta ó aquella localidad. Al par que recibimos noticias de las degollaciones que hacen en nuestros hermanos los moros del Riff, recibimos también las de aquellos pueblos que nos deben la Religión con que se salvan y la palabra con que se expresan. ¿Qué hace España? Cuando desplega su bandera, manda al general Prim que la arrolle para marcharse con ella sin dar pruebas de que aun no ha decaído el valor español, y la arrolla, ¡oh mengua!... en el mismo sitio donde se alza el Orizaba, columna de los cielos, que presenció estremecido las épicas victorias de Hernán-Cortés. En las mismas playas en donde aquel héroe de inmortal memoria quemó sus naves para vencer ó morir, el general Prim pidió bajeles á Serrano para marcharse, dejando á los franceses que desplegarán en Méjico las alas de sus águilas.

«España hoy se cruza de brazos, porque no puede hacer otra cosa, porque cuando la casa

con facilidad, ligereza y gracia. Su argumento es tan sencillo, y el autor nos parece tan poco pretencioso, que no hay necesidad de una crítica razonada cuando la producción no se presenta como maestra. La comedia ha sido escrita en fuerza del envidiable talento del Sr. Serra; este está bastante mal de la vista, habla con trabajo, y la parálisis le tiene en tal estado, que ha sido preciso ponerle un aparato ortopédico. Todas estas consideraciones deben tenerse presentes al juzgar la producción de un poeta que sólo siéndolo tanto ha podido hacer el juguete de que nos ocupamos.

La Tenorio parece que adopta el sistema de otras actrices que en España pasan como perlas y se tienen por doctas en la profesión. Pues, siendo así, desde luego la aseguramos que tiene adelantado todo lo necesario para no encontrar en el público los aplausos que se promete. Ese afán de atiplar la voz, ese afán de fingir, ese continuo aparentar de intención, sensibilidad y talento, no constituyen el arte sino la moneda falsa de la declamación verdadera.

La actriz debe hacer sentir, pero debe al mismo tiempo abandonarse á la inspiración del momento; no buscar, como generalmente se dice, posiciones bonitas, no estar mirando de continuo y al disimul en la sombra y en el espejo, no abrir y cerrar los párpados con esa gracia coquetona que parece que está diciéndonos: «atendme que soy bonita.» No querer aparentar mérito, sino tenerlo realmente, estudiando bien, sacando el mayor partido posible de la creación del poeta, empapándose en el valor intencional de cada frase, de cada palabra, para hacer gozar al auditorio las gratas sensaciones que producen ciertas bellezas de dicción que son, en las flores poéticas, como las perlas de oro que las coronan, dicciones que brillan cuando el autor las presenta encubiertas, violetas que resplandecen entre la grama cual amatistas perfumadas. La señorita Tenorio es bella, graciosa, intencionada, dice bien y será una actriz de provecho para cualesquiera empresa, si no se encierran en sí mismas de gacetiñas, valores que para la gente sensata tienen muy poco valor, cuando

se sabe cómo y por qué se escribe. Es necesario que en una época en que el teatro ha llegado á tener tan alta importancia, porque es la diversion favorita de todas las clases, el artista, es necesario, repetimos, que sea digno de este nombre, y no se confunda con la multitud de farsantes que han tomado la escena como medio de especulación, cuando, suprimidos los monacales, están cerradas las puertas de los claustros, donde la caridad repartía la sopa á los holgazanes. Viendo la corrupción del gusto y el daño que hace la zarzuela, pervirtiendo el sentimiento estético, que es la idea intuitiva de lo bello en las almas delicadas, se comprende la frivolidad de la época, que se resistió á rumiar, á digerir intelectualmente, todo lo que es grave, pensado y profundo. Por eso ha dicho un célebre historiador moderno: «¿Qué buen campo se presenta á quien tenga ánimo bastante para erigirse en reformador de un arte que llama la atención de toda la sociedad con mengua de otra cosa que importa más que las artes! Porque el siglo no quiere emplear en favor del sentimiento elevado de un artista, de la habilidad de un maestro, y mucho menos de las virtudes sociales ó políticas, los aplausos y coronas que reserva para los cantantes y bailarines; y es bueno colmarlos de aplausos, de flores y de oro, porque el siglo serio paga á quien lo divierte; y la gente diestra y sagaz paga para distraer al siglo de otros pensamientos y ocupaciones.»

«Por lo que toca á los países en que no se siente animación sino con motivo de representaciones teatrales; en que el teatro es la única ocupación común y la única conversación social; en que ninguna causa noble, ninguna insigne verdad produce emociones, sino sólo una danza ó un gorgoeo; en que se pretende descansar de esta manera sin haber trabajado, distraerse sin haber pensado, semejante entusiasmo es insensato, es indecoroso, es criminal.»—Ya ven los artistas cómo piensan los hombres graves que dirigen la opinión en el mundo; y ya ven cuánto tienen que esforzarse para ser dignos de encarnar los grandes pensamientos de los que consumen la vida doblada la frente sobre los

libros para dar á la sociedad los consejos y lecciones que necesita.

La reciente ascension aerostática de Mad. Poitevin nos trae á la memoria la que el día 4 presenciaron los parisienses elevándose el fotógrafo Nadar en un globo denominado el *Gigante*, porque en su construcción se invirtieron mil metros de tela de seda. En la barquilla tomó puesto con el aeronauta la joven y bella princesa de La-Tour d'Auvergne, y además los hermanos Godar, M. Tournachon, el príncipe de Sayn-Wittgenstein, el conde de Saint-Marlin, Eugenio Delenert, M. Thirion, M. Piallat, M. Robert Michel, M. Gabriel Morris y Saint-Victor, el antiguo revistero de la *Presse*, y M. de Villamesant, el director del *Figaro*.

No vamos á referir las aventuras del *Gigante*, pero sí diremos algo referente á los nuevos sistemas por medio de los cuales pretenden algunos hombres científicos llegar á la conquista del aire, valiéndose de la navegación por el espacio. Y lo diremos con tanto más motivo, cuanto que hemos visto que en el Cabañal de Valencia, y mediante, dicen, la protección de elevadas personas, se ocupa un individuo, que ya otras veces ha trabajado sin éxito, en construir un aparato para elevarse á la altura resolviendo el problema de la dirección del globo aerostático.

Ya conocen nuestros lectores las diferentes formas de los navíos de vapor, unos movidos por ruedas armadas de paletas semejantes á las que se usan en los molinos hidráulicos, y otros impulsados por el hélice, cuya fuerza es únicamente comparable á los brazos de los molinos de viento, y cuyo último sistema llama la atención de los que pretenden resolver la cuestión que nos ocupa. El aire agitado, mejor dicho, el viento, operando sobre las alas de los molinos que ceden á su impulso, los hacen girar en sentido contrario á los que saben la inmensa fuerza de que están dotadas estas máquinas, y que al aire ó al viento ofrecen enorme resistencia. En vista de esto han dicho los observadores: «Si se tratase de contener el aire por medio de un aparato dotado de partes análogas á los planos obli-

cuos de los molinos de viento, ó de los hélices, con la única diferencia de que aquí las alas serían movidas por una fuerza independiente, de resorte ó vapor, llegaría á utilizarse la resistencia del aire y todo el aparato se colocaría de igual modo que se coloca un navío bajo la influencia de la presión ejercida sobre el líquido que le sirve de base; ó bien, multiplicando el número de los hélices y su dirección, se conseguiría dirigir todo el aparato á través de los vientos.»

La idea, como se ve, no puede ser más ingeniosa, y su aplicación es admisible, pues ya se han visto globos que han obedecido al impulso de la maquinaria, siguiendo la dirección que ha querido darles el autor. No hay duda de que este es un gran paso dado en el camino del desenvolvimiento de un sistema nuevo, y creemos que un navío aéreo llenará el objeto si se construye bajo las condiciones expresadas. Suponemos verdaderas todas las dificultades que se presentan para la ejecución; suponemos que el navío, una vez flotando en el espacio, obedece al maquinista, que gira á uno y otro lado, adelante y hacia atrás; en fin, que marcha; pero ¿y si viene cualquier incidente imprevisto, un fuego, un rasguño en la tela, una decompostura en la máquina?... Si llegara á pararse en medio de su veloz carrera; ¡cuán grande y trascendental no sería la catástrofe! Basta para ello considerar la pesantez del globo arrojado desde una altura de cuatro mil metros. En semejante caso es ineficaz el auxilio del para-caídas.

No pretendemos, con lo que queda escrito, matar las ilusiones y esperanzas de los que creen que pueden dirigirse por el espacio los globos aerostáticos; creemos que si llega á conseguirse la resolución de este difícil problema, será un triunfo tan grande para la ciencia, para el progreso y para la gloria del hombre, como ha sido grande la aplicación del descubrimiento de la electricidad á las relaciones humanas, y el de encañer el agua por medio del fuego produciendo el vapor, fuerza motriz y propulsor de los más potentes navíos en la mecánica.

Refiriéndonos ahora á la ascension de Mad. Poitevin, verificada el domingo en el patio grande del Retiro, diremos: que el globo es de regulares dimensiones; se llenó con gas de la hulla; cuando estuvo henchido, la aeronauta ató un pañuelo á la manga, vehículo por donde entra el gas; se colocó en la barquilla, y saltando las ataduras, suspendida un metro del suelo, el aparato se puso en movimiento conduciendo por doce ó catorce hombres que lo hicieron circular en torno de la apiñada concurrencia, sobre la cual derramaba Mad. Poitevin lluvias de dalias que se disputaban los espectadores, ansiosos de conservarlas como recuerdo de la que se despedía de la tierra para elevarse á regiones inhabitadas y desconocidas al hombre. Después se quitó el pañuelo atado á la boca de la manga, y penetrando el aire atmosférico, el aparato ascendió, sereno, magistoso y magnífico. Era el triunfo de la inteligencia, el triunfo del hombre que, después de perforar las montañas, domar los mares, taladrar la tierra, dar leyes al rayo y hacer hablar á la electricidad, se remonta á los aires disputando su vuelo á las águilas, y arrebatando á las nubes el cetro prepotente de su imperio!

Mad. Poitevin, dominada la torre más inmediata, arrojó sobre la multitud versos impresos, y cayó desde la barquilla un estal de pequeños pedazos de papel de oro; raudal que brilló á la luz del sol poniente como espléndida cascada de diamantes. La aeronauta, llena de heroísmo, con la satisfactoria sonrisa de quien se levanta y vence, tremoló la bandera nacional despidiéndose del público. El globo hizo rumbo al S. O.; luego, describiendo ligera curva, se dirigió al Occidente, ascendiendo hasta aparecer del volúmen de una naranja. Si nosotros lo contemplamos tan diminuto; si Mad. Poitevin se fijó en lo que pululábamos por la tierra, de seguro que nos vería tales como somos á pesar de nuestros oropeles y vanidades. ¡Tan pequeños! ¡tan pequeños! Hornigas que se afanan para formar sus graneros de invierno, y que se aplastan y desaparecen bajo la más ligera presión de una pisada!

arde, es preciso que cuidemos la nuestra antes de ir a apagar el incendio de la del vecino. ¿Y durará esto siempre?

Una persona, digna de todo respeto, nos dirige desde la Habana la siguiente carta, cuya lectura recomendamos.

«Sr. director de El Espíritu Público. HABANA, 30 de Setiembre de 1863.

Mi querido... los asuntos de estas tierras se complican más y más cada vez. La rebelión de Santo Domingo está costando oro y sangre; los negros, con una ferocidad digna de caníbales, degüellan á los soldados cebándose con insaciable furor en ancianos, niños y enfermos. Al pié de los altares han sido violadas las vírgenes y degolladas después, matándolas á machetazos en presencia de las prendas de su cariño, y después de recibir en sus puras frentes los infames besos de esa canalla que no hay palabras con que pintar su barbárie. De esta isla han salido seis batallones y dos más de la de Puerto-Rico. Llegan á dos mil hombres los muertos, y son muchísimos los heridos.

Las opiniones están aquí en la mayor divergencia. Unos quieren que se abandone Santo Domingo; otros, que se sostenga nuestro pabellón á fuego y sangre.

Parece que el general Santana, receloso de la lealtad del segundo jefe de su división, vigiló su conducta, y seguro de su traición, le fusiló antes que ser fusilado por él. Yo no te diré mi opinión, porque tu conoces como nadie puede conocer mejor lo que son los intereses americanos, y desde luego me parece que al leer estos renglones quedarás persuadido de lo que yo pienso: á saber, que algunos de los que han sido altamente recompensados por el gobierno español, no merecen la honra que han obtenido, y esto que ha producido la envidia en el país, es un elemento para la rebelión que se ha desarrollado y seguirá desarrollándose cada vez con más insidia.

La anexión ha sido un manantial de fortuna para Santana, Alfau y otros que han sabido aprovecharse. El país ha visto arrebatarse por un gobierno de orden aquellas inmundas libertades de que disfrutaba; todo se ha trastornado en sentido favorable al bienestar de aquella gente; pero como á cierta parte del clero y de todas las clases en fin, se les ha hecho entrar en la senda del honor, de la moral, del deber, y ellos no querían sino vivir en la holganza, en la corrupción, en la molición que los encanagaba, ahora se rebelan y creen que pueden hacer con nuestros bravos soldados, lo que con los negros y los zambos hambrientos y desmudos de aquellas legiones de vampiros que acudían al saqueo y al pillaje los titulados generales y oficiales de la propia canalla que los soldados, con los pies en el suelo y los fusiles hechos pedazos. Así es que vemos condecorados á mulatos que no han hecho con sus distintivos, sino provocar la saña y la envidia de los que no han logrado lo que ellos poseen.»

Para que se vea que en nada hemos exajerado al presentar como muy graves los sucesos americanos, léase el telegrama siguiente:

PARIS, 20 (por la noche).

«La Opinión Nationale, diario haitiano, anuncia que Santo Domingo ha capitulado el 1.º de Setiembre después de tres días de sitio. Santana ha sido arrojado al bosque Azua, donde el general dominicano Florentino le perseguía. Santiago ha capitulado después de un combate sangriento. El coronel Gaspard, Palongo, ha sido nombrado jefe de la República dominicana.»

En el año de 1857, en tiempos del Sr. Orovio, gobernador civil de esta provincia, dispuso la autoridad, con motivo de otro telegrama mucho menos importante que el actual, que no se publicara ninguno sin permiso del gobierno. Aunque aquí de todo se abusa, no creemos que haya caído en olvido aquella prudente disposición. La noticia que transcribimos la da hoy toda la prensa; no es posible, pues, que el gobierno, por más que tenga la Gaceta para desmentirla, haya consentido su publicación por el solo placer de decir mañana que es falsa. Dejar que se peque por el lujo de castigar la falta, no es ni noble ni decoroso, mayormente cuando se trata de un gobierno que debe dar siempre ejemplos de moralidad y orden. En esta virtud, aunque el telegrama es de un carácter tal que ha producido en Madrid un sentimiento de indignación profunda, y mañana lo producirá en la nación entera, nosotros acojimos con reserva esa noticia.

Creerla sin madura reflexión, equivale á presentar á la depauperada y envilecida canalla revolucionaria de Santo Domingo, como fuerte y poderosa para habérselas con una nación prepotente como España, que tiene á dos pasos de distancia, un ejército valiente en la isla de Cuba; isla que pesa mucho en la balanza de los destinos de las Antillas, y que tiene, además de los cañones del Gobierno, doscientos mil pechos que irían inmediatamente á dar á los rebeldes dominicanos una prueba, si es que la América la necesita, de lo que vale la nación que al plantar su bandera en aquellas tierras, hizo estremecer y derrumbarse los tronos más poderosos, dando al mundo un ejemplo de la grandeza del pueblo que en todas partes ha sabido por su valor ser el primero entre los primeros.

No es posible que la chusma soez que se ha rebelado contra nuestra patria, sea fuerte para arrojarnos de allí; lo natural era que no hubiera consentido, hace tres años, que un puñado de ambiciosos nos entregara una tierra empapada en sangre y empobrecida por la más espantosa miseria. No es posible tampoco que el general Rivero consenta en que venga á España la noticia de tan horrendo desastre, sin que él, Buceta, con el pasado ejemplo de Melilla, y los jefes que le acompañan en la defensa del país, no hayan muerto sobre el promontorio de los escombros para que la fama del triunfo de los dominicos se conociera en Europa con la del sacrificio de los que deben morir por la honra inmaculada de la patria.

Suponemos, asimismo, que el general Dulce, que en el Campo de Guardias dió tales pruebas de arrojo como soldado, habrá sabido darlas ahora también cuando nada le recuerda la conciencia y se despliega á sus ojos la hermosa perspectiva de la gloria. Además, Dulce, íntimo amigo de O'Donnell, contando en Cuba con tan poderosos elementos de resistencia, no habrá querido dejar mal parado á su general, á no ser que este vaya á dar lecciones de táctica militar á los que han medrado á su sombra.

Refiriéndose á las noticias de Santo Domingo, La Regeneración presenta como panacea salvadora la proposición que sigue:

«Otra cosa se necesita, y es UNA ALIANZA CON LOS ESTADOS-UNIDOS. Esto pudiera hoy obtenerse con facilidad, y sólo á este precio conservaríamos nuestras colonias.

Nos contentamos con indicar esta idea.»

¡Con facilidad! ¿Cuáles son las condiciones? Suponemos que á La Regeneración la inspira su patriotismo, y no la influencia anglo-sajona, que sabe deslizarse como la víbora entre rosas.

Si la prensa periódica revela el estado intelectual de un pueblo, también revela, no sólo su moral, sino la de los hombres que se consagran, ya á la gobernación del país, ya á dar noticia al público de lo que pasa en las altas esferas del gobierno de los Estados. Según los comentarios que haga un periodista en materia dada, puede formarse opinión de su inteligencia, de sus virtudes; puede adivinarse lo que hará en el poder, ora cuando el periodista administre, ora cuando apoye ó combata á los que manden. Fundados en lo dicho, damos importancia á la polémica que ha escandalizado á Madrid, si es que ya algo le puede escandalizar, entre el Sr. Coello, propietario, y el Sr. Mañé y Flaquer, director tres días de La Epoca.

El Sr. Coello ha dado á luz la carta en que explicaba al señor ministro de la Gobernación los motivos que tuvo para que el Sr. Mañé y Flaquer dejara la dirección. Dice el propietario entre otras cosas:

«Cuando llegué á Madrid para poner término á las intrigas que se agitaban en derredor de La Epoca, ignoraba absolutamente el llamamiento del Sr. Mañé y Flaquer, y era extraño á todos los proyectos que ustedes habían concebido respecto al periódico de mi propiedad.»

A esto replica el Sr. Mañé y Flaquer:

«... Coloquemos la cuestión en su verdadero terreno, ya que á ello se me obliga, no respetando ni agradeciendo mi silencio.—El propietario de La Epoca, siendo yo director libre é independiente del periódico, y por consiguiente único responsable de lo que en él se publicaba, se permitió alterar mis escritos sin mi consentimiento, ni siquiera avisó previo.

Esto lo hizo quien, según documentos que obran en mi poder, y según declaración espontánea de la misma Epoca, había renunciado á toda clase de intervención en la redacción del periódico. El hecho no necesita comentarios: lo sujeto al fallo de todos los hombres honrados que puedan juzgar desapasionadamente.

En vista de este abuso de confianza, que no quiero calificar, mis compañeros y yo obramos con el cumplimiento de nuestra delicadeza y dignidad, separándonos de la dirección y redacción de La Epoca.»

Dice el Sr. Coello:

«Confieso ingenuamente que los antecedentes del señor Mañé y Flaquer, la actitud tan sensata y digna siempre del Diario de Barcelona, las conferencias que entre nosotros habíamos mediado, la idea que él, cuai yo, tenía de que los periódicos que se resignan á ser buzones ministeriales de nada sirven ni á los ministerios ni al país, y la elevación é imparcialidad con que veía la situación de nuestros partidos, fueron para mí la mejor garantía de que La Epoca continuaría siendo lo único que podía ser: un periódico gubernamental; y para usar de su fórmula, un Diario de los Debates ante el Gabinete Guizot. Otro papel en la prensa, no era posible; jamás lo habría aceptado, y preferiría mil veces matar La Epoca.

No sé de quién es la culpa de que mis esperanzas se vean defraudadas. Prescindiendo de la confección del periódico en estos días, efecto tal vez de que aún no ha podido conocer el terreno que pisa, diré tan sólo que los lectores de La Epoca, acostumbrados eternamente á ver en ella una revista de toda la prensa, nada encuentran que á esto se parezca. Y sin embargo, jamás el Gabinete O'Donnell ni el ministerio Armero-Mon, en los días de mayor intimidad conmigo, pretendieron suprimir en mi periódico lo que, como á el Galignani de París, le dá su mérito y su circulación en el público. Los ataques injustos de oposiciones apasionadas, se contestan con la razón en el acto, no se suprimen con el silencio.»

Veamos cómo replica el Sr. Mañé:

«Una sola observación debo hacer: Vd., con una habilidad que soy el primero en reconocer, pero que será el último en imitar, intenta hacerme pasar plaza de servilismo ministerial. Pues bien, en el artículo que Vd. condena se admitían como ciertos los hechos de los abusos que se atribuían al gobierno en materia de elecciones y se condenaban anticipadamente otros que se suponía habían de cometer sus agentes. Cítame usted un ejemplo de independencia igual en los períodos ministeriales de La Epoca.»

Dice el Sr. Coello al ministro de la Gobernación:

«A riesgo de ser sospechoso, he hecho llegar consejos de conciliación y de prudencia á las personas cerca de las cuales me era dado ejercer algún influjo; he ayudado al gobierno en casi todos los actos fundamentales de su política; he desbaratado tres crisis sucesivamente surgidas en el seno de La Epoca contra la situación actual, pasando tal vez á los ojos de mis mismos redactores como ligado por un vínculo secreto al gabinete; he dicho espontáneamente á S. M. mi juicio leal y sincero sobre la situación política y sobre el patriotismo del gobierno; he soportado el alejamiento de personas para mí las más queridas; he sufrido los ataques de todo género de una parte de la prensa, y

desafiado con la serenidad de una conciencia limpia la acusación pública de estar vendido al poder, ó la insinuación más injuriosa todavía de que yo no podía desligarme de esta situación porque el general Concha poseía el secreto de mis afinidades venales con el Imperio.»

Protesta el Sr. Coello de que se le calumnia. Debemos creerle, porque ningún español honrado recibe oro extranjero para tratar de la política internacional de su patria con el país que le compra. El Sr. Mañé tiene ahora la palabra:

«Los cargos—por cierto de bien poca monta—que usted me dirige, podría desvanecerlos con muy pocas palabras; pero, ¿á qué malgastar el tiempo? La opinión unánime de la prensa, y sobre todo la evolución reciente y más ó menos hábil de La Epoca, relega aquellos cargos á la categoría de fútiles pretextos.»

Y continúa más adelante:

«No he provocado esta polémica; heña evitado hasta exponiéndome con mi silencio á que se dieran torcidas interpretaciones á mi conducta; pero arrastrado á ella, muy á pesar mío, estoy dispuesto á entrar en toda clase de explicaciones, pues que no tengo para qué ocultar ninguno de mis actos.»

El Sr. Coello, actual director de La Epoca, dice al señor ministro:

«Si esta actitud mía es incompatible con las funciones que ejerzo, lo más leve insinuación me bastará para que respetuosamente ponga á los pies de la Reina un cargo que, si me agrada, sabe Vd. que no acrece ni mejora en nada mi fortuna.»

No conocemos la respuesta del señor ministro, pero hemos leído en la Gaceta que el señor Coello ha sido separado de la plenipotencia que desempeñaba. Digase luego que esto no tiene cola.

Se trata de crear un número de senadores que reemplace á los que han fallecido recientemente.

Dícese que el general Vasallo será nombrado para el mando militar de las islas Baleares.

Tres son los candidatos para la presidencia del Congreso de los diputados. Rios y Rosas, Mon y Seijas Lozano. Al primero no le votan ni los moderados, ni los de la Union. El segundo no es aceptable por los tristes recuerdos que ha dejado de su época pasada, por la defecación cometida contra O'Donnell, á quien desconoció cuando le convino después de haberle servido, desertando de las banderas del moderantismo. El tercero va á ser nombrado senador. ¿Cómo, pues, se compagina todo esto?

Sobre las disidencias que corren el corazón del partido progresista, ha dado á luz El Clamor Público, en su número del día 18, un notable artículo que levanta el velo encubridor de la úlcera de ese partido. Como creemos que van á surgir disidencias graves, apuntamos hechos para deducir consecuencias en su día.

El Gobierno, sin duda para dar un mentís á los argumentos y bravatas de los progresistas abstinentes, ha publicado en la Gaceta el resumen general del número de electores que tomaron parte en las elecciones para diputados á Cortes, hechas en el año de 1858 y en la que acaba de verificarse en 1863. Según este cómputo, en la primera de estas elecciones votaron 108,498 individuos, y en la segunda 109,551. Por consiguiente, en esta vez han acudido á las urnas mil y pico de votantes más que en las pasadas elecciones.

Dícese que se trata de casar á la infanta doña María Isabel, hija de los duques de Montpensier, y con el conde de París, nieto de Luis Felipe, y heredero de la corona de que le despojó la revolución de 1848.

Algunas personas religiosas se quejan del retraso que sufren los expedientes para la reparación de templos, pues tardan en despacharse tres ó más años, y añaden que el retardado donde principalmente se halla es en las oficinas eclesiásticas, que son las más interesadas en la propagación de los sentimientos religiosos. ¿Es acaso porque los arquitectos de las diócesis tienen otras ocupaciones á que atender con más urgencia? Cuando los templos permanecen cerrados mucho tiempo, y crean y constituyen el hábito de no acudir á ellos, y de este modo se resiente el espíritu religioso. Por otra parte, no verificándose las obras de reparación necesarias á su tiempo, cuando se ponen en práctica cuestan muchísimo más, y esto es en perjuicio del Estado.

Parece que el Sr. Salamanca no acepta el título de Castilla que se le ha conferido.

Parece que el general Pavia sustituirá á Zavala, que dimite, en la dirección general de artillería.

Con el título de La Razon Española, se ha publicado el prospecto de un periódico político que viene á servir de órgano á la formación de un tercer partido. Deseamos á nuestro colega larga vida y todo linaje de prosperidades.

REINTEGRO DE PAPEL SELLADO.

Grave perjuicio irroga á los intereses de los curiales la disposición del art. 53 del real decreto publicado en 12 Setiembre de 1861, al establecer «que el reintegro del papel sellado en las causas y pleitos, tenga preferencia absoluta sobre los créditos de todos los demás acreedores por costas;» y como ello ataca derechos creados á virtud de otra disposición legislativa, sancionando antiguas y legítimas prácticas, preciso nos es demostrarlo, y llamar la atención del Gobierno de S. M. y de las Cortes, á fin de que cese la infracción flagrante de esta, y se restituya á los curiales lo que de derecho les corresponde.

El art. 48 del Código penal, ley del reino, establece «que en el caso de que los bienes del culpable no sean bastantes para cubrir las responsabilidades pecuniarias, se satisfarán estas por el orden siguiente: 1.º Reparación del daño é indemnización de perjuicios. 2.º Resarcimiento de gastos ocasionados por el juicio. 3.º Costas procesales. 4.º La multa. Esta sola prescripción indica harto claramente el respeto del legislador á los derechos de los particulares, por constituir, unos parte de su patrimonio, y adquirirlo otros en remuneración de su trabajo; así que postpone á todos el pago de la multa, en la que sólo interesa la Hacienda, coloca en tercer lugar el pago de costas por corresponder ellas á funcionarios obligados á trabajar en causas de oficio, y dá preferencia á otros que también intervienen en ellas y devengan honorarios, pero sin el carácter y obligación de los primeros, y aun cuando con propiedad son costas, los denominamos gastos del juicio, á efecto de justificar la preferencia.

El artículo 47 del precitado Código, y la regla 53 de la ley provisional para la aplicación del mismo, deslinda bien cuáles son los gastos del juicio, y entre ellos comprende los honorarios de los abogados y de otras personas y corporaciones facultativas. La 52 determina cuanto se comprende en la denominación de costas, expresándose el reintegro del papel sellado; luego al dar el mencionado real decreto preferencia á este sobre todos los demás acreedores por costas, infringe lo preceptuado en dicho artículo 48 del Código penal, puesto que los abogados, peritos y demás personas auxiliares de la administración de justicia son tales acreedores, en cuanto todos ellos se comprenden en la tasación y perciben sus honorarios como los perciben los demás curiales.

Discutamos también la justicia de la disposición que combatimos, únicamente con relación á los curiales de oficio. ¿Qué es el reintegro del papel sellado? Costas; la regla 52 antes indicada lo determina. Y perteneciendo á la clase de costas, y estando sujeto á las eventualidades de estas, y á igual condición de los demás acreedores á ellas, ¿qué razón hay para anteponerlo á los demás? ¿Qué, los curiales sin sueldo, ni gratificación alguna del Estado, tienen obligación de trabajar y gastar su patrimonio en manos auxiliares para aumentar los rendimientos de la Hacienda? ¿Qué, esta, tan generosa es con ellos? ¿Quién ignora que paga su matrícula como cualquiera comerciante, industrial ó artífice, con no poca mengua de su prestigio? Y con estos supuestos evidenciaremos la justicia de tal precepto con esta conclusión: «Los curiales pagan su matrícula á la Hacienda por trabajar como tales curiales; pero la Hacienda cobra antes que los curiales sus derechos por el reintegro del papel; y como este absorbe todo cuanto importan los bienes del encausado en la mayoría de los casos, es incuestionable que la Hacienda percibe por lo que el curial gane y lo que el curial debe ganar.»

¿Qué agentes ó recaudadores de costas tiene la Hacienda para impulsar el cobro de su haber por el mencionado concepto? Ninguno; corre á cargo de los curiales, que lo entregan religiosamente, tomando el correspondiente papel. Pues para ello los curiales no sólo trabajan, sino que gastan en oficiales, escribientes, etc., y como ningún lucro esperan, como el sudor de su frente ha de redundar en beneficio del Erario, rara vez deben encontrarse dispuestos á gestionar para conseguir el cobro de la tasación, y la Hacienda con una medida que se prometía sin duda muy beneficiosa para sus intereses, se ha perjudicado á sí misma grandemente. Con efecto, cuando prorrataba con los demás acreedores, estos, llevados de su propio interés, imprimían á los expedientes de apremio curso rápido y eficaz; ahora que, en la mayoría de los casos, los bienes embargados apenas bastan para cubrir el importe del papel, debemos suponer que permanecerán impagables sin cuidarse de activarlos, ni practicar en ellos diligencia alguna, y por tanto si antes ingresaban en el Erario por aquel concepto, ocho, por ejemplo, no será desproporcionado asegurar que los ingresos actuales y sucesivos no excederán de tres.

Del criterio del nuevo señor ministro del ramo esperamos la decisión de esta cuestión rentística de no escasa importancia.

La empresa del ferro-carril del Norte ha publicado un telegrama fechado en Avila el día 10 y firmado por Mr. Flachet, ingeniero francés, en el cual se dice que la vía está en el

mejor estado, que hay pocas trincheras en que puedan producirse desprendimientos de tierra y que no puede haber más consecuencias que el retraso de algunas horas en la llegada de los trenes. La verdad es que diariamente hay demoras, desgracias, que todo el mundo se queja, que en los despachos de equipajes hay un barullo insufrible, que sólo habla bien de la empresa el que tiene interés en defenderla, porque los transeúntes se quejan, y es escandaloso que casi todos los días se lamenten catástrofes inevitables. ¡Bien se conoce que á Mr. Flachet no se le ha roto un brazón una pierna en uno de los centenares de choques, descarrilamientos, desplomes, etc., de ese camino, anatematizado por cuantos lo transitan.

CRONICA EXTRANJERA.

Hé aquí los telegramas recibidos ayer á última hora:

PARIS, 21 (á las 5 y 7 minutos de la mañana). Mr. Baroche ha sido nombrado senador.

VERACRUZ, 18.

El Arzobispo de Méjico ha llegado.

Las noticias de este país indican que existe un partido numeroso que quiere la anexión á Francia. El mal estado de todos los partidos es efectivo.

El globo de Mr. Nadar ha caído en Hannover. Este y su mujer Saint Félix, se encuentran bastante mal heridos.

La escuadra rusa aparece otra vez en Nueva-York, y al saberlo la gente novelera exclama: ¡Esto es una alianza!... Esto es una amenaza!... Y sin embargo, no es ni lo uno ni lo otro: es simplemente un voto que no se cumple.

No ménos interesada que Francia en conocer el verdadero carácter de estas demostraciones, Inglaterra ni se admira ni se conmueve.

Esto debería por sí solo tranquilizar aun á aquellos más medrosos y desconfiados. Un poco más de reflexión y acabareis de tranquilizaros.

La escuadra rusa necesita moverse si ha de instruir á sus marinos. ¿Puede hacerlo en las aguas del Báltico?... ¿Debe hacerlo tampoco en las costas de Francia ó Inglaterra en las circunstancias actuales, cuando el más leve conflicto puede incendiar la Europa?... No pudiendo ir donde quiere la escuadra rusa, va donde puede ir ó donde cree encontrar amigos.

Va á Nueva-York donde la esperan las ovaciones más entusiastas, ¿y por qué?...

Porque desde la guerra de Crimea no se ha relevado en aquel punto la marina rusa, como también es allí donde se han hecho los pedidos marítimos del Gobierno de San Petersburgo. ¿Cómo los Estados-Unidos no habían de acoger con los brazos abiertos á un aliado tan íntimo?... Léjos de admirarse de la recepción que se le ha hecho, debe más bien tenerse en cuenta la moderación con que ha sido acogido.

Si es cierto que desde la guerra del Norte contra el Sur, las construcciones y los aprestos marítimos han tomado en América un considerable desarrollo, que han hecho de esta nación la mejor escuela marítima, era natural que Rusia enviase allí su escuadra, como era muy justo que este homenaje, rendido al génio marítimo de los americanos, lisonjeara su amor propio y le hiciera apreciar las manifestaciones de la más viva simpatía.

En fin, no debe echarse en olvido que en el conflicto federal, el representante de Rusia en Washington, léjos de ocultar su preferencia por el Norte, lo ha publicado en voz alta, sosteniendo y propagando sus doctrinas, tanto, que á él se atribuye la negativa del Gabinete de San Petersburgo de adherirse á las proposiciones de Francia en favor de la mediación.

Se vé, pues, que para explicarse la recepción hecha á los marinos rusos por los plenipotenciarios de Nueva-York, no es preciso suponer entre los dos gobiernos una alianza, que quizás se busca, pero que en realidad no existe más que en proyecto. Lo más probable de todo esto es, que Rusia hoy, sola, sin amigos, sin aliados en el continente, se ve obligada á volver los ojos al Nuevo-Mundo en busca de una voz simpática.

Allí, en donde, además de las razones industriales y mercantiles que acabamos de enumerar y que la aseguran un éxito lisonjero, aunque sea por poco tiempo, encuentra, por decirlo así, en este momento afiladas efectivas, y hé aquí porque ambos pueblos se sienten impulsados el uno hacia el otro.

Hay una especie de atracción muda, inevitable entre el exterminador del Sur y el verdugo de Polonia.

Somos enemigos declarados de la esclavitud, pero, ¿quién puede prever hoy el resultado de la guerra de América?

Un hombre, cuyo testimonio es irrecusable y que ha consagrado toda su vida á la abolición de la esclavitud, lord Brougham, acaba de decir recientemente, vencido por la evidencia:

«En realidad el gobierno federal se cuida muy poco de la libertad de los negros.»

Y según el venerable obispo de Oxford, el reverendo Wilberforce, digno hijo de su noble padre, «la última medida de emancipación que fué completamente inútil por la frialdad con que la acogieron los negros, no era más que un odioso pensamiento de exterminio contra los blancos.»

¿Y por qué?... Orgulloso con su importancia industrial, satisfecho de sí mismo, despreciando á todo el mundo, evanescido con los elogios que le ha tributado Europa, ha llegado el americano á considerarse tan superior á los demás que no admite rivales.

«La América es de los americanos.» Hé aquí su pretensión, hé aquí la máxima que Monroe ha querido erigir en principio.

A fin de ponerla en práctica, es preciso no sólo excluir á Europa de toda ingerencia en el Continente americano, sino destruir hasta el más ligero pretexto de intervención, y para esto no debe existir de uno á otro polo más que un solo pueblo, una sola raza.

Hé aquí el sueño que se acaricia en Nueva-York! De ahí esta guerra implacable que con tanta constancia se prosigue contra el Sur á fin de exterminar la raza latina. Por esta razón, Rusia no podía encontrar allí sino amigos, hermanos.

En la necesidad que tiene de buscar aliados, en vista de las eventualidades posibles, pero no probables, que en estos momentos presenta Europa, acoge indistintamente á los primeros que se presentan.

Dejándose cojer entre las redes de Italia que explotaba hábilmente su aislamiento, ha firmado con ella un tratado de comercio en extremo favorable á aquella nación.

Apenas se ha divulgado esta noticia, no ha podido ménos de sorprender á todo el mundo.

